

# RUBÉN BAREIRO

## PREMIO CASA DE LAS AMÉRICAS

**P**ARIS.—Una «r» galaica limada por el guaraní, idioma que ignora la erre doble; una barba bien dibujada y una amabilidad generosa forman, en parte, a este Rubén Bareiro, Premio de Narración 1971 de la Casa de las Américas. Para más detalles:

«Nací en Villeta de Guarnipitán, viejo villorrio con reminiscencias indígenas a orillas del río Paraguay. Como cualquier latinoamericano, comencé escribiendo poesías muy joven; como cualquier latinoamericano, me hice abogado a los veintidós años. Renegué, como la mayoría de los latinoamericanos

conscientes, de esta profesión horrible y luego me dediqué a la literatura».

A la literatura en su doble vertiente: profesor en la Facultad de Vincennes y escritor, componente del famoso movimiento conocido por «el boom»:

«Uno de los aspectos positivos de "el boom" es el de haber reivindicado la posibilidad de los hispanoamericanos de usar de todas las técnicas posibles. Es decir, eso que Octavio Paz llama sentirse ciudadano del mundo siendo latinoamericano. Yo creo, como toda la gente de "el boom", como todo latino-

americano consciente, que no tenemos ningún territorio vedado, ningún impedimento para escribir. Y en ese sentido, yo uso y abuso. A partir del lenguaje de mi país, de mi lenguaje personal creado y recreado, y de lo que me puede dar esa otra dimensión de una gran libertad».

Así escribió Rubén Bareiro su libro de relatos titulado «Ojo por diente», que acaba de obtener el Premio de la Casa de las Américas. Es una reunión de diez cuentos cortos...

«... que me han costado seis años

de elaboración. Son temas de mi infancia, de mi adolescencia, de mis luchas estudiantiles; todo ello situado geográficamente, espiritualmente e ideológicamente en mi país, Paraguay, y en mi medio social».

Al realismo mágico tan característico de la literatura latinoamericana, Rubén Bareiro añade un matiz humorístico en sus cuentos.

«En alguno de ellos, no en todos, aunque si me gusta el humorismo como manera de resolver el problema literario. El humor o el absurdo, pues muchas cosas se resuelven

**L**A vieja hizo una antesala larga de color salmón. El ordenanza la veía —sentada en el borde delantero de la silla— entre el primer gol del Sportivo y los botellazos que el "referee" recibió en el segundo tiempo; entre la puñalada asestada a la señorita Juana Mendieta, pupila del quillombo regentado por doña... y el casamiento del señor doctor subsecretario... con la distinguida dama de nuestra sociedad... En el momento de pasar a los "avisos económicos" se fijó en sus cabellos amarillentos, en su boca desdentada, en sus zapatos rotos, y se apresó a anotar el motivo de la visita.

—Nombre, edad, profesión, estado civil, motivo; pero el señor ministro no la va a recibir sin recomendación. ¿Quién le conoce a su hijo?

El ordenanza no vio el polvo de arroz sobre su nariz ni el prendedor verde "para impresionar al señor ministro".

—Lo mismo nomás yo le quiero hablar. Mi hijo es bueno. No es un maleante... no es cierto... no es cierto.

Al lloriquear, la nariz se le enlodaba con el polvo de arroz. El salmón seguía centelleando en las paredes, pero la viejecita en su vida había visto ese pez, nunca lo había probado; no le preocupaba los muros de la espera, sólo su hijo.

—Aunque sea al jefe de la Sección Política...

—No, no está nomás también. El mismo dirige, con mi coronel Salcedo, la operación —el tono del muchacho era el de quien conoce bien los secretos de Estado.

—E'aque... —exclamó la vieja, e introdujo la mano derecha entre los dos senos.

El ordenanza lo vio y dejó de bostezar. "O lo uno o lo otro... Pero esta vieja... qué pico... peor que tortilla amanecida ha de tener...". Los ojos del muchacho brillaron codiciosamente. Ella terminó de rascarse el pecho y siguió insistiendo:

—Aunque sea al subje... no importa... Ya recorrí el Hospital Central, el Dispensario, la Unidad, la Delegación, el Conservatorio, la Comandancia, el Frigorífico Nacional... —enumeraba plañideramente—. Usted solamente es mi salvación —agregó luego del rosario recitado casi sin respiro.

—No hay caso... —respondió el muchacho, bostezando de nuevo—. Está demasiado ocupado.

—Alguien ha de haber, pues. ¡Cómo lo que me van a dejar así! —porfió la vieja, y se acordó del dorado que tanto le gustaba a su hijo. Solía prepararlo frito las veces que él volvía de la pesca con alguna pieza—. Usted también ha de tener una madre...

El muchacho pensó en la tía, en el compañero de la tía y reaccionó con una sonrisa cuando la vieja, luego de rascarse por segunda vez el pecho, sacaba un paquetito verdusco de billetes arrugados.

—Y... todos somos iguales —dijo pausadamente—, aunque su caso es jodido. Pero los pobres somos iguales, para lastar nomás estamos.

—¡Mi hijo... mi hijo! —mascullaba la vieja, sin saber si se refería al ordenanza o al

muchacho extraviado en la selva. Sin saber si le hubiera gustado el salmón que juguetaba alegremente en las paredes del cuarto.

El ordenanza salió lentamente; se oyó el chirrido de cajones que se abren, de papeles manoseados. El salmón seguía nadando en los muros, pasando a través de la vieja. El muchacho volvió, arrastrando los pies. Traía el legajo en la mano.

—Alto Panará, ¿es eso?

—He'e —dijo la viejecita, y el polvo de arroz de su nariz se infló y se desinfló con un suspiro. "Para eso me puse el prendedor y me empolvé; por lo que me vio el ministro".

—¿Teófilo Sandoval, pakó?

—Teófilo Minguel —corrigió la vieja—. Nació el día del Santo Arcángel —agregó con vehemencia, y miró el salmón, aunque nada sabía, ni siquiera que era un color.

—Martínez..., Shaparro..., Benítez..., Osuna..., González..., no hay luego ni abecedario —se quejó el muchacho, y siguió masticando los apellidos mientras su índice derecho seguía el paso torpe de sus ojos.

—No hay —respondió su voz segura a la cara ansiosa de la vieja, luego del trabajosito deletreo.

—¿No hay? —como un eco lastimero de la voz masculina—. ¡Ihs, qué notable!

El muchacho comenzó con las listas, mojado el dedo en la lengua para pasar las páginas. La vieja seguía ansiosa el índice del ordenanza.

—¿Crisanto Sandoval? ¡No! —exclamaron ambos a la vez.

"A él le gusta tanto el dorado frito. Una vez trajo uno como de cinco kilos".

El ordenanza seguía deletreando dificultosamente.

—¡Pucha!, ¿por qué no lo ponen por abecedario? Así, ni el más sabihondo...

Terminó las listas y levantó la cabeza. Su vista se cruzó con la mirada triste de la vieja.

—No, che sy —le dijo, usando por primera

# SALMON Y DORADO



por el lado absurdo o, si se quiere, mágico. Lo mágico tiene mucho que ver en lo que yo escribo. Ahora bien, en mi país hemos heredado una literatura sobria oral —la de los guaraníes—; somos menos expansivos que en otras literaturas latinoamericanas. De todas maneras, yo me reconozco mucho en esa especie de empresa mágica, en esa empresa a-racional que es propia del campesino paraguayo, heredero de las tradiciones aborígenes guaraníes. Mi realismo mágico revela lo que es mi país; un país mestizo por excelencia, en el cual los patrones hispánicos se han impuesto en la lengua, en las tra-

diciones, en la religión, etcétera, pero matizados con los elementos de base de las creencias y de la lengua viva: el guaraní (Paraguay es el único país bilingüe de América Latina, no hay que olvidarlo), y que dan una característica particular a la expresión corriente y a la expresión literaria también.

Hambre de «el boom», Bareiro es también componente del Consejo de Redacción de esa tan preparada revista literaria dotada de una millonada procedente del —¿me equivoco?— estaño boliviano, de la familia Patiño:

«Si; soy del Consejo de Redacción. Se está realizando en forma ya seria. Hay un director responsable —Juan Goytisolo—, el secretario de Redacción es Mendoza, escritor colombiano. Por otro lado está Julio Cortázar, Severo Sarduy..., de los que estamos en París, digamos».

¿Y Cabrera Infante?

«No; decididamente, no. Julio Cortázar definió muy bien la posición del noventa y nueve por ciento de los que participan como colaboradores: que si entraba Cabrera Infante, el noventa y nueve por ciento se iba».

¿Cree Rubén Bareiro que la procedencia del dinero no les va a perjudicar?

«Tendremos libertad total. Es un dinero que está ahí a disposición de la revista, y servirá para la re-

vista, sin condiciones de ninguna clase».

Ultimo punto, Bareiro. ¿Qué piensa usted de la llegada de Neruda como embajador de Chile. No hace mucho, García Márquez, a quien su Gobierno había propuesto el Consulado de Barcelona, declaraba, en TRIUNFO, que con un Miguel Angel Asturias Latinoamérica ya tenía bastante...

«Es cierto. Me enteré de la cosa y me hizo mucha gracia, y estoy muy de acuerdo con García Márquez. Ahora hay una circunstancia muy especial. Neruda viene representando al Gobierno de Chile, que está también en una situación muy particular en relación al panorama de América Latina en estos momentos. Un Gobierno de frente popular —más o menos— triunfa en unas elecciones de acuerdo con una tradición chilena, muy chilena. Y eso, unido a lo que significa la revolución cubana, tiene algún significado, ¿verdad?». ■ R. L. CH.

vez el apelativo de madre; su voz había cambiado a un tono casi húmedo—. Su hijo no está entre las víctimas ni en el parte de los montoneros caldos en poder de las fuerzas —hizo un gesto con las dos manos vacías, con el busto y se quedó mirándola.

—Y cómo no me escribió, aunque sea un propio... si pasó otra vez el río... o está todavía... —se había olvidado del ordenanza— a lo mejor en algún pueblo o qué... Y, bueno —dijo reaccionando—, Dios se lo pague, mi hijo.

—Taluco, señora —bostezó de nuevo el muchacho.

La vieja masticaba con dificultad. Con los pocos dientes, la encía, la lengua, el paladar conseguía formar una bola blanduzca, impregnada de saliva; recién entonces tragaba sin ganas. Su comadre le había insistido en que comiera aunque sea un pedazo del pakú frito. "Si por lo menos estuviera Te'ó; esto le gusta casi como el dorado". "Pakú solamente tengo", le había dicho su comadre gorda, dueña de un puestecito de comida en el mercado, como si quisiera decirle: "Yo tampoco conozco el salmón".

—... él me dijo dónde estaba mi zarcillo con crisólita que se me perdió. Sabe todo luego. Andá si que a verlo, comadre —la mujer empujó el opulento seno con un movimiento brusco del hombro izquierdo—. A mi sobrina le curó del pasmo que le tumbaba como una escupida. Es muy valé... —insistía, moviendo los gruesos brazos morenos.

—Se está bien aquí... —dijo la vieja, empujando el plato con la comida casi intacta.

El techito de zinc concentraba el calor del mediodía, así como el brasero y el resol que, desde los cuatro costados, apretaba. El polvo de arroz había desaparecido con el sudor, y sólo quedaban algunas gotitas blancuzcas marcadas sobre la nariz. La cabellera renegrida de la comadre enviaba reflejos azulados que le obligaba a entrecerrar los ojos.

—La gente dice que es luisón, de pura envidia nomás... Es el único hijo que te queda... —agregó la comadre, luego de una pausa.

—He'é, y cada vez se parece más a mi finado, que Dios le tenga... —terminó la vieja con un murmullo.

—No queda lejos su casa —insistió la comadre gorda.

Ella fue la última en pasar, luego que la fila de llagas-tumores-supuraciones-temblores hubiera llevado consigo el sol de la tarde.

—Yo sé para qué usted viene. Cuénteme su mal, señora.

La voz de Médico Popyté resonó con seguridad metálica detrás de la mesita cubierta con un pedazo de cretona floreada, detrás de la vela de sebo, detrás de ese rostro delgado con los huesos marcados bajo la piel oscura. Los espejitos colgados caprichosamente reflejaban el resplandor de las tres velas, una sobre la mesa, dos sobre el armario hecho con cajones de kerosén, "Standard Oil of California", en letras verdes desteñidas como los yuyos y las botellitas que contenía desordenadamente.

—Ya sé que nunca usted comió salmón, señora, pero eso mismo puede ayudarnos.

La vieja contemplaba absorta esos labios finos que apenas se movían para decirle cosas incomprensibles. La mirada firme, brillante, del hombre le traspasaba, y sus cabellos blanquíssimos sobre el rostro moreno le conferían una especie de aura. ¿Qué significaba Standard Oil?... ¿y salmón?... De golpe vio el ave negra sobre el armario.

—¡Basta, basta, señora! Su caso es difícil, pero no imposible —interrumpió Médico Popyté luego de un rato que la vieja hubiera comenzado a contarle—. Ya he reparado en la sensibilidad y la compenetración. Es un caso muy interesante...

"Qué bien habla, igual que el maestro Cáceres, ¡pero es más sustancioso! Tiene razón comadre".

—Yo no le puedo decir exactamente el lugar, porque la geografía es una dimensión que escapa al campo del espíritu...

El cuervo volaba entre nubes brillantes como espejos. La voz adormecida de tan melódica. "Y qué bien pronuncia. Standard Oil... salmón... dimensión... Chepi Rolón si que era buen amigo de Te'ó...".

—Usted es la única que puede obtener la respuesta, porque el cordón umbilical no se corta con el frío metal que separa al niño de su origen...

El cuervo seguía volando... "of California... cordón umbilical... parece música... no se entiende muy bien... cómo brillan sus ojos...".

—... la memoria fetal no se extingue nunca y perdura sobre todo a través de los sentidos. Esto produce una forma de comunicación, se transmite, los efluvios. La vista no, porque la oscuridad reina en la cavidad materna. Pero sí las otras sensaciones: el tacto, el gusto, el olfato, el oído. Usted puede... la única que puede... va a sentir... usted puede...

La vieja volaba junto con el cuervo: "... standard... salmón... dorado...".

—... usted siente a través del viento, oye toca algo... toca...

Movió levemente la mano, sintió algo blanduzco sobre la yema de los dedos. "... dorado... dorado destripado... blanduzco... frío... tengo que fritarlo luego...".

—... usted siente... siente bien... huele... huele... huele...

Hinchó las ventanillas de la nariz ya sin polvo de arroz. Un olor dulce, "... como cuando...". El cuervo bajaba lentamente.

—... usted siente a través del viento, oye perfectamente... oye...

Ladeó un poco la cabeza: "... se diría seda rasgada... o la carne que se corta... o la gelatina del ojo... o la lengua... cada vez se parece más a mi finado...". ■ RUBEN BAREIRO. (Cuento inédito del libro «Ojo por diente».)